Incluso el mal moral demuestra la existencia de Dios.

No haber creado un mundo mejor que este no disminuye un ápice la infinita bondad de Dios. Ciertamente por su potencia absoluta él podría habernos creado en estado de término, según la beatitud del cielo; pero de potencia ordenada, si se considera el mundo que libremente ha decretado crear siempre con su sabiduría y bondad infinita, escogió otro partido donde nosotros seríamos creados en estado de viadores. En efecto, cada uno de nosotros es, en su estado actual, un hombre de paso por la tierra o peregrino, donde podemos libremente adherirnos o no a Dios, y donde la bienaventuranza llegaría como un fruto. Esta elección no solo es buena, sino que bajo cierto aspecto puede considerarse la mejor, pues, se hace a la criatura cooperadora de Dios en la obra de perfeccionamiento de sí misma y del universo.

Así, pues, si se pregunta para qué crea Dios ¿Cuál es la razón por la que Dios pudiendo en su sabiduría infinita tanto crear como no crear, se decide a crear? La única respuesta posible es esta: para comunicar una participación finita de su esplendor infinito; y si se pregunta ¿por qué se decide a crear un mundo determinado en lugar de otro? La respuesta es semejante: para comunicar cierta participación finita de su esplendor infinito en lugar de otra mejor o peor.

El mal, en cuanto instrumento divino para la obtención de bienes mayores, pierde el estatus de escándalo por la razón de la infinita bondad de Dios, que no habría tolerado el sufrimiento que produce el mal, si de él no pudiera extraer bienes mayores. De este modo Dios juzga que sacar bien del mal es mejor que no permitir mal alguno.

Solo desde la clarividencia del *Lumen Gloriam* en el cielo podemos comprender como muchas de las cosas consideradas por los hombres como males, han resultado ser hitos fundamentales en la historia de la salvación personal. De este modo a la luz de este conocimiento sobrenatural el mal cobra un nuevo sentido y nuevo valor.

Y hemos dicho, también, que el único mal verdadero para el hombre es el mal moral. En efecto, el auténtico mal que aflige al corazón del hombre y a la razón humana es el mal moral. El sufrimiento derivado de las malas acciones realizadas por el hombre, ejecutando libremente las decisiones de su voluntad. Así el mal moral parece como el precio a pagar por la libertad humana.

La posible existencia del mal moral era el riesgo a pagar por la creación divina de seres libres. En su obra, desde la infinitud de los tiempos, Dios sabía perfectamente en virtud de su omnisciencia que los hombres usarían mal su libertad y pecarían; y aún así decidió crearlos. Dios no puede hacer una criatura, sea Ángel u hombre, naturalmente impecable, por la misma razón por la que no puede haber un círculo cuadrado. Si es criatura no es impecable. Dios quiere que el hombre se realice en el amor; por eso lo crea libre, ya que solo el amor que nace de la libertad es auténtico amor.

El mal también tiene que ver con la finitud, pues, la posibilidad de ese uso incorrecto es inherente a una libertad finita. En el ejercicio consciente y responsable de su libertad, el hombre elige su destino eterno. Por eso la libertad asusta. Al crear Dios al hombre como una criatura racional y libre, llamándole a través de la fidelidad de su ejercicio responsable al goce de la felicidad eterna, le ha dado, junto a la muerte de Cristo en la cruz, la mayor muestra de Amor divino que el hombre puede recibir. La libertad humana no es respetada por nadie más: véase la bomba atómica de USA, el exterminio étnico realizado por Hitler, las gulas comunistas en Rusia, o el encerramiento en las ciudades por el supuesto COVID, quitando la libertad a los hombres. Digo, pues, que la libertad humana no es respetada por nadie, como lo hace el propio Dios, pagando, Incluso, en la cruz, el precio de las consecuencias de su mal uso.

En resumen, tras la explicación extensa de la cuestión del mal, ha quedado claro que, no hay incompatibilidad alguna entre la existencia de Dios y la experiencia del mal. Es más, hemos visto que la existencia del mal exigía la existencia de Dios. También hemos visto que, el hecho de que la existencia del mal necesitara la existencia de Dios, no significaba que Dios fuera la causa del mal moral, sino que Dios era la causa de la existencia del sujeto o del objeto paciente, es decir, la causa del sujeto que sufre el mal y que ese sujeto es un bien; y en cualquier caso, queda patente que Dios no era, de ningún modo, la causa en sí del acto moral malo. La Auténtica causa del acto moralmente malo, es siempre el mal uso de la libertad humana.

Ahora bien, la exaltación de la libertad humana que lleva a convertirla en un máximo absoluto, como sucede en Nietzsche o Sartre, ha tenido una nueva consecuencia: la incompatibilidad entre la existencia de la libertad humana como bien moral absoluto y la existencia de un Dios omnipotente y omnisciente; de tal manera que el hombre se vería obligado a elegir entre la libertad humana y la existencia de Dios, de tal manera que, si se afirmara a uno se tendría que negar al otro. Pero esta dicotomía es absurda, ya que Dios, lejos de acabar con la libertad humana, es su causa y fundamento.

Hagamos unas breves reflexiones al respecto. En efecto, sin la libertad humana como fundamento de los actos humanos, no podríamos hablar de la caída ontológica en el pecado original y en consecuencia, tampoco de la Redención; de manera que la libertad humana es uno de los ejes sobre los que gira la escatología católica.

Y aunque lo anterior es cierto, no lo es menos que, entre la concepción que tiene la filosofía moderna de la libertad, (que es la misma proclamada por el decreto *Dignitatis Humanae* del concilio vaticano II) y la que tiene la verdadera filosofía católica, se dan muchas diferencias. Una de ellas es que para la modernidad y también para el Vaticano II, el fundamento de la libertad humana es inmanente, es decir, está en su propia subjetividad, lo cual desembocará en decir que el hombre es el creador absoluto de los varones morales.

Ahora bien, como vemos en Sartre, que afirmará la capacidad absoluta de crear valores, negará esa cualidad, o sea, se lo negará a los valores morales concretos; de estos valores concretos se afirmará que son relativos intrínsecamente. Y esto es una absurda paradoja; lo cual afirma varias gravísimas contradicciones:

La primera: es contradictorio afirmar el carácter absoluto de una tesis relativa, porque decir que todos los valores humanos son siempre relativos, es afirmar la existencia de una verdad absoluta.

La segunda: el propio Sartre está en grave contradicción, pues, afirma el carácter relativo de todos los valores morales, a la vez que sostiene que no podemos evitar elegir el bien, luego el hombre no es libre. Pero en la metafísica católica se enseña, también, que la libertad moral humana es autónoma, por eso el hombre es responsable de sus actos. Pero no afirma que su autonomía sea absoluta, porque la libertad humana no es creadora de la realidad física que nos envuelve, ni tampoco de nosotros mismos; y también, porque nosotros no somos los creadores de todos los principios morales. De ahí, que se sostenga la existencia de principios morales absolutos que de ningún modo anulan la libertad humana, sino que la muestran en su auténtico ser, es decir, como libertad finita. La afirmación católica de la existencia de principios morales absolutos, no rebaja, y mucho menos elimina la libertad de la voluntad humana, sino que la causa, la dirige en su auténtico contexto.

El hombre, pues, puede reconocer el orden moral objetivo, aceptarlo y asumirlo y juntarlo al orden moral relativo, que sí es puesto por él, por ejemplo, elegir entre dos bienes: matrimonio

o celibato; es decir, configurar el marco donde desenvolverá el conjunto de su vida la libertad humana, que podrá afectar este orden moral objetivo dado. Pero también puede rechazarlo e intentar vivir fuera de ese orden objetivo moral, en la medida que le sea posible, como si los únicos valores morales existentes sean los que yo creo o los que quiero aceptar, perdida la noción de lo trascendente.

Pero al rechazar el orden objetivo como fundamento de la libertad humana, se intentará, durante un tiempo, concebirla como una causa subjetiva, de manera que el hombre deberá inventarse a sí mismo, conquistar su propia libertad o simplemente crearla, pero ante la imposibilidad de tal realidad, se irá abriendo camino el perverso pensamiento de que la libertad moral humana individual está, en última instancia, en la colectividad, en el género. Nacerán así, los colectivismos totalitarios más atroces y terribles que han dejado huella de su iniquidad en el siglo 20 y 21: comunismo, nazismo; y ahora, otros tipos de colectivismo globalizadores, cuyo fin es el control y la esclavitud de toda la humanidad, con millones de seres humanos sacrificados en virtud de tan gravísimo error en el altar de los modernos ídolos: cambio climático, diversidad cultural, etcétera.

Hay que destacar que, el concepto de libertad universal, aparece con el cristianismo; ni los imperios orientales, ni el ambiente grecorromano conocieron la libertad del hombre en cuanto tal.; en el cenit de esa cultura, el hombre se sabe libre, cierto, pero solo en cuanto ciudadano ateniense o romano, por ejemplo. Es en el cristianismo donde se reconoce, por primera vez, que el hombre es libre por sí, al ser una criatura de Dios, y no en cuanto romano o ateniense, ni porque lo conceda un derecho positivo.

Ahora bien, el conocimiento del fin puede concretarse de dos formas; primero queriendo lo que es bueno en sí y por sí: amor benevolente; o segundo, apeteciendo lo que es bueno solo para mí, que es el amor de quien busca a sí mismo como primera y quizá, única elección. Esto es de suma importancia, Pues nos enseña que la elección de la libertad jamás se da entre el bien y el mal, sino entre el bien por sí y en sí o el bien para mí. El mal no es querido por sí mismo. Podría objetarse que es cierto si es aplicado a uno mismo, porque en efecto nadie quiere el mal para sí mismo, pero que no lo es cierto si se quiere el mal para otro. Pero se ha de responder a esta objeción que, cuando se quiere el mal para otro, es verdad que lo quiere en cuanto mal para otro, pero lo quiere en cuanto bien para así, pues, se complace en el mal del otro.

El concepto verdadero de libertad, según la Iglesia Católica, es el siguiente: la libertad humana por ser creada, es decir, participada, es finita. Es así y es un hecho que la existencia de seres libres, hombres y ángeles, pide necesariamente la existencia de un Dios; pues, solo un ser omnipotente podría ser capaz de crear tales seres. Solo la omnipotencia puede crear, en sentido auténtico del término, es decir, poniendo positivamente entes fuera de la nada; seres que son en sí mismos y de alguna manera por sí mismos, al poder elegir voluntariamente el rumbo de lo que hacen.

Pero la libertad creada no es ciega o errante, sino que su obra está desde el principio guiada por un fin; no es un obrar ciego y sin sentido en el caos dejando al hombre sin puntos de referencia en la orientación correcta de su obra, como propuso el existencialismo ateo. Pero la libertad creada, sea humana o angélica, necesita de una causa final que oriente sus actos libres volitivos; porque la voluntad no puede autodeterminarse, a priori, a un fin general que rija todas sus elecciones. La libertad creada es efecto del Amor divino y por eso, solo puede realizarse plenamente amando a aquel amor que es la causa de su ser, de tal modo, que Dios está lejos de ser una objeción contra libertad humana, porque es su fundamento último; por lo tanto, aunque

el entendimiento humano y la libertad humana son facultades que de por sí están abiertas a la infinitud, se manifiestan en el hombre por ser criatura de un finito limitado. De esta limitación del ser de la criatura, surge la posibilidad del mal y del error. La libertad de las criaturas puede querer el mal, pero eso no forma parte de la esencia de la libertad, en contra de lo que enseña la errónea declaración de la dignidad humana del Vaticano segundo, sino que es una libertad deficiente, ya que la elección del bien hace referencia al ser; pero la elección del mal hace referencia al no ser, es decir, a la nada. Por eso, una libertad que ama el bien y elige el mal es una realidad vacía, en cuanto que su fundamento y su tendencia son la nada, el no ser y no la riqueza ontológica del ser.

Un ser creado que quiere ser sin Dios, que libremente lo ha creado, es un ser que no quiere ser o que quiere no ser. Se trata, pues, de un suicidio metafísico que, en caso de la pérdida de significado del sentido de la vida, puede llegar a un suicidio físico, ya que la pérdida del sentido metafísico de la existencia humana, puede llevar a la pérdida del interés por persistir en el ser.

En la existencia, la libertad creada ha de elegir en cuanto fundamento y fin de su ser, entre Dios y su yo. Así, pues, la libertad ha de asumir el principio de no contradicción en el origen de la vida moral, lo cual podría plantear una última objeción, diciendo que es una contradicción mandar amar. A esta objeción, se puede responder que, amar es precisamente lo único que se puede mandar; porque a todo lo demás se puede forzar. En efecto, Dios pide que se le ame, pero no fuerza, ni obliga a ello; y justamente aquí es donde reside la grandeza y el riesgo de la elección humana, porque eligiendo libremente amar a Dios, de tal manera que manifieste ese amor en una vida que intente encarnar sus preceptos, identificándose con Cristo, el hombre puede culminarse a sí mismo. Pero también puede elegir rechazar el amor de Dios; en este caso y muy a su pesar, Dios respetará tal decisión por toda la eternidad, pues, Dios no puede contravenir sus propias reglas y no puede obligar a amarle a quien, voluntaria y conscientemente no quiere hacerlo. Pues, en efecto, la indiferencia religiosa, aunque parezca paradójico, es la forma más radical de ateísmo que se puede dar, ya que el rechazo del amor de Dios se produce de un modo total, puesto que Dios ha desaparecido, por entero, del horizonte de inquietudes del hombre; de manera que no tiene interés, ni siquiera, en hablar contra Dios.

Esta forma de ateísmo es la que se ha extendido por las sociedades occidentales desde los años sesenta del pasado siglo o quizás antes. El agnosticismo y su consecuencia el indiferentismo religioso, ha ido ganando progresivamente adeptos en occidente; y una de cuyas causas, pero no la única, ha sido la puesta en marcha de los errores del Vaticano segundo; ahora bien, como el indiferentismo no supone el final absoluto de toda preocupación religiosa, puesto que eso es imposible, tarde o temprano, en algún momento de su vida el hombre, se plantea preguntas trascendentales. Y la pregunta sobre la existencia del mal, puede ser una ocasión de evangelización; y como las palabras evangelizadoras de un creyente a otra persona, son instrumento ordinario utilizado por el Espíritu Santo para remover y renovar el alma de la persona que escucha el mensaje de Cristo, con el fin de dar argumentos a los católicos hemos querido hacer este texto y audio. Si crees que a alguien le puede ayudar a renovar su entendimiento y corazón, no dudes en hacerle llegar esta explicación, que ha sido elaborada tomando como guía la obra de *Alberto Marmelada*, titulada *Como Hablar de Dios con un Ateo*.

Este artículo es continuación de este. Ver ahora.